

PRESENTACION

No es, precisamente, Montiel Ballesteros quien necesita presentación a los lectores uruguayos. Si su estampa de hombre se hace bien visible a quien vea al hombre con sólo mirarlo, su obra literaria se halla en la conciencia de cuantas personas viven preocupadas por los problemas de la cultura.

La crítica no le ha sido muy propicia, y no nos referimos a la calificación, afirmativa o negativa, de sus libros, sino en el análisis de su obra. Para Alberto Lasplaces, en "Antología del Cuento Uruguayo, A. Montiel Ballesteros "revela su verdadera personalidad literaria como narrador desde su libro "Cuentos Uruguayos" (1920), al grado de "uno de los más insignes representantes".

Alberto Zum Felde es ya concreto y amplio a la vez en los párrafos que le dedica en "Proceso Intelectual del Uruguay". Señala su fundamental condición poética y destaca el hecho curioso de cómo fue en Europa, donde permaneció Montiel Ballesteros unos diez años, que el autor de "Pasión" halló la vena de su creación literaria. He aquí las palabras de Zum Felde:

—"Su sentimiento nativo experimentó un fenómeno inverso; en su país había sido un cultivador apasionado del cosmopolitismo poético, a la manera de sus maestros modernistas, de Darío principalmente; Grecia y París, —lo antiguo y lo moderno— polarizaban su idealidad. Y allá en la **Galería degli Uffici**, y frente a los mármoles ilustres del Renacimiento, se sintió íntimamente **criollo**; la nostalgia de sus fragantes campos salteños, por donde había corrido siendo muchacho, le rebozó el corazón; caminando entre las antiguas piedras y los bronceos gloriosos, sintió gusto de pitanga y camoatí en la boca; tras los lienzos famosos de los museos, avistó, en íntimo espejismo, los verdes tréboles de las cuchillas lejanas, por donde galpaban los horizontes, el monte tupido en que durmió la siesta sensual de enero, la rueda del mate y de los cuentos en torno al fogón campesino, las calles solitarias del pueblo, tras cuyas tapias se escondían sus malicias precoces; y al contemplar el caballo monumental del **Colleone**, en Venecia, se acordó con ternura del pingo coscojero en el que compadreaba los

najes, uno o muchos, se refiere a todo un proceso vital en planos sociales e históricos, mientras que el cuento, en los buenos cuentistas, se desarrolla como etapa de un proceso. Tal es la característica en Don Juan Manuel, Juan de Timoneda, Boccaccio, los de la serie de Las Mil y Una Noches, los Droláticos de Honorato de Balzac, los Hermanos Grimm, Maupassant, R. L. Stevenson, Leopoldo Alas "Clarín", Edgar Allan Poe, Oscar Wilde, Máximo Gorki, Leonidas Andreiev, Eugenio Heltay, Pirandello, Horacio Quiroga, etc. No creemos tampoco que el dominio de la técnica novelística sea una preparación para la cuentística o viceversa, por la sencilla razón de que no sustentamos un criterio cuantitativo sino cualitativo, de género literario.

Entre los grandes cuentistas hispanoamericanos, Montiel Ballesteros ocupa un lugar de preferencia. Sus cuentos, además de caracterizarse por esa condición de etapa interpretativa de la psicología de sus personajes, se realzan por la fuerza, que es otra condición fundamental del buen cuento. En la gradación del principio al fin del cuento, no se transcurre, como en la novela, por vastas estancias narrativas, sino que el argumento salta como disparado por flecha, desde el primer momento, para dar en el blanco emocional, dramático o trágico, o irónico, o cómico, o sarcástico, o humorístico, etc.

Pero en el cuento como en la novela, el fermento temático de Montiel Ballesteros es su comunidad con el hombre y la tierra. "La Raza", "Pasión", "Gaucha Tierra", como novelas, o en "Querencia", "Cuentos Uruguayos", "La Jubilación de Dios", como cuentos, toda la narrativa de Montiel Ballesteros evidencia su compromiso con el deseo de desentrañar el alma de los hombres a través de la tierra, y el alma de la tierra a través de los hombres. Las novelas se le escapan a veces en el diagrama conceptista de la tipología literaria, pero la esencia de su obra es ese afán de llegar al drama de nuestro pueblo, afán que interpreta y aclara con patetismo saturado de suave gracia irónica.

En "La Farsa dramática moderna en Hispanoamérica", por Agustín del Saz (véase CUADERNOS HISPANOAMERICANOS - SUPLEMENTO, Nº 49, de mayo de 1957), refiriéndose a los fantoches de Montiel Ballesteros, se dice que nos dejan "un típico gusto del género: humorismo, risa y melancolía". Pero los personajes de Montiel Ballesteros nos dejan amargura porque los hombres, pudiendo vivir felices, viven desgraciados. Por eso su humor es trágico, aunque velado por la ironía. Es un escéptico en teologías pero un hombre de fe, de mu-

cha fe, en lo que al destino de los hombres se refiere. Si con su barba puntiaguda parecería querer se le tomara por un mefistofélico, en realidad, si de él dependiera, se salvaría todo el mundo. Leímos hace unos días, en Clemente Estable, que a cierta edad se hace uno predicador, pero quien a cierta edad no predica le "funciona mal el cerebro, le anda mal el corazón". Así se nos presenta Montiel Ballesteros en su cierta edad, predicando en "La Rosa en la calavera" y en "Juansinnada", que presentamos hoy a los lectores.

En sus apólogos, Montiel Ballesteros mira a los hombres como filósofo después de haberlos exaltado como artista. Y cosa rara, como artista los vio grandes y pequeños, y lo mismo al contemplarlos filosóficamente, pero, en ambos casos, dignos de compasión y de perdón. Acaso porque los ha comprendido integralmente.

F. FERRANDIZ ALBORZ